P. PICA Y PECA

LUNA DE

1
230810



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230810

47/1434915

LUNA DE MIEL

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

I

CAMINO DE LA DICHA

Terminada la ceremonia nupcial, los novios, padres, padrinos y coro general se dirigieron a la fonda, donde estaba preparado el consiguiente ágape.

Colocados cada uno en su sitio, empezó la comida, como generalmente comienzan todas, en medio del silencio más absoluto, turbado de vez en cuando por las chillonas notas de un piano eléctrico que amenizaba o amenazaba la digestión.

Poco a poco, a fuerza de suculentos guisos y sendos tragos de morapio, se fueron soltando las lenguas y empezó el tiroteo de frases de segunda intención que se asestan, por lo general, contra los novios, poniéndolos colorados, especialmente a la recién casadita, a quien se le hace agua la boca cuando oye ciertas indirectas.

—¿A que sé en que piensa ahora mismo Fermín? — preguntó un gracioso, refiriéndose al novio.

—¿En qué, en qué?—repitió la concurrencia.

—En que de buena gana se convertiría en el Gallito.

—¡Dejaos ahora de toros y de cuernos!—

R-3189527

exclamó un señor, algo supersticioso—. No me parece muy oportuno el recuerdo, apenas casados los muchachos.

—Digo que de buena gana se convertiría en el Gallito—insistió el chusco—, para poder ordenar : «Fuera todo el mundo ; dejadme solo».

El fúnebre chiste se recibió con un ruido estrepitoso de platos, que indicaba la protesta del auditorio.

La novia dirigió al chistoso una mirada de agradecimiento, como asintiendo a su opinión. Estaba rendida, le apretaba demasiado el corsé y... vamos, quería quedarse a solas con su maridito.

Conchita la Rubia era una verdadera monada de mujer : pequeñita de cuerpo, pero bien proporcionada, excepto los ojos, que eran desmesuradamente grandes y la boca demasiado chiquitita. Su cara parecía un cromo, y aunque incitaba a besarla, daba cierto temor ; no se atrevía uno a manchar aquel cutis aterciopelado ; tenía uno miedo de ajar los colores de rosa que adornaban sus mejillas ; inspiraba un amor contemplativo y tranquilo ; un cariño platónico, que viene a ser una cosa así como nada entre dos platos.

Ya se comprenderá que esto es únicamente un giro poético. ¡Cualquiera repara en colores cuando se le alegra la pajarilla!

Conchita no tenía padre, pues el infeliz falleció siendo inventor de aduanas.

La viuda de éste juró guardarle eterno luto y no volvió a casarse más en su vida... porque hubiera perdido la pensión de viudedad que la asignaron ; pero se relacionó con un socio, para que

la consolase en sus soledades y la acorriese en sus cuitas.

Fermín era tenedor de libros en un almacén de calzado y no tenía más ilusión en su triste y monótona vida que casarse con Conchita, de quien estaba enamorado como un loco. Ella lo dominaba y por ella hubiera hecho Fermín las mayores tonterías del mundo.

A todo esto continuaba la juerga, y las cabezas empezaban a calentarse. Se cruzaban frases de doble sentido. Algunas manos ocultas se agarraban a lo que podían y el lenguaje de los pies expresaba deseos y se manifestaba en toda su elocuencia muda, tanteando por medio del roce, que es un tacto como otro cualquiera, la forma, figura y carnosidad de una próxima pantorrilla femenina.

Se murmuraba también : dos comadres se ocupaban de la virtud de la novia, asegurando una de ellas que Conchita tuvo, antes de conocer a Fermín, un desliz que no trascendió a la superficie, porque pusieron remedio a tiempo.

—¿Entonces—preguntó uno que escuchaba la conversación—, por qué lleva el ramo de azahar? Porque eso es el emblema de la pureza.

—Efectivamente, pero ya sabe usted que además la flor del naranjo es un buen calmante para la excitación. Y como la chica es tan nerviosa... ¿Ve usted cómo lo huele?

En efecto, Conchita aspiraba con delectación en aquellos momentos el aroma del azahar, muy ajena a las calumnias que le estaban levantando aquellas tías.

Las libaciones continuaban con una frecuencia alarmante y empezaban las extralimitacio-

nes, que al principio se disculpaban y perdonaban generosamente, pero que ya iban amoscando a algunos.

Los novios sonreían y aguantaban las puyas de los convidados, deseando en su interior que terminase la juerga y llegase la hora de tomar el tren que había de conducirlos al Norte, donde proyectaban pasar la luna de miel ; mejor dicho, un cuarto de luna, porque no andaban muy sobrados de ellos y porque además hacía falta Fermín en el despacho ; el jefe le había concedido una licencia de muy contados días.

—¡ A bailar !—dijo una voz.

—¡ Que bailen los novios ! — repitieron los convidados.

A muchos les bailaba demasiado la cabeza, pero se accedió a la demanda y el piano eléctrico empezó a ejecutar bailables y más bailables.

Rompieron el baile los novios, como es natural, y fueron ovacionados.

En seguida tuvo la novia que someterse al suplicio de dar algunas vueltas con cada uno de los convidados que la quisieron sacar a bailar.

Y aquello fué el acabóse : el uno la abrazaba más de lo correcto, otro le apretaba la mano, como dándola a entender lo que quizás ella no comprendía, en su ignorancia de mujer casta y otro más atrevido, o más borracho, se permitió una libertad que escandalizó a la concurrencia.

El novio se indignó, y olvidando todo comedimiento, al ver que su reciente esposa se había soltado avergonzada del curda, cogió una botella vacía y se la tiró, no a su mujer, sino al

desvergonzado, con tan buena fortuna, que a poco más le raja por completo la cabeza.

La sangre es muy escandalosa, pero mayor escándalo todavía armó el lesionado, al verse descalabrado ; muchas mujeres se desmayaron, la novia se abrazó, toda asustada, a Fermín, y para hacer más comprometida la situación acudió la pareja de servicio, el Sánchez y el Pérez obligados, cuando de agentes de policía se trata.

Y al ver un hombre herido, empezaron por desenvainar los sables, detener al agresor y conducir al paciente a la casa de socorro.

Los convidados protestaban, pero una nueva pareja que acudió en auxilio de la primera, atraída por las voces de que había tres muertos y no sabemos cuántos heridos, tuvo a raya a los rebeldes y secundó valerosamente la acción de la justicia.

Conchita sufrió un desmayo y cuando volvió en sí se hallaba en su casa rodeada de la familia y varias amigas compasivas.

Su primera pregunta al volver a la vida fué la de ritual :

—¿ Dónde estoy ?

Y luego :

—¿ Dónde está Fermín ?

—Detenido, pero pronto lo pondrán en libertad.

—¡ Ay, Dios mío ! ¡ Vaya un día de boda que me espera !

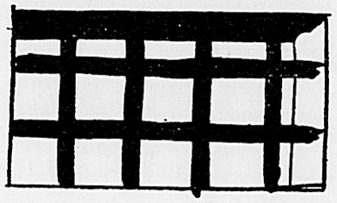
—Ya habéis perdido el tren — observó una amiga, con la mejor intención del mundo.

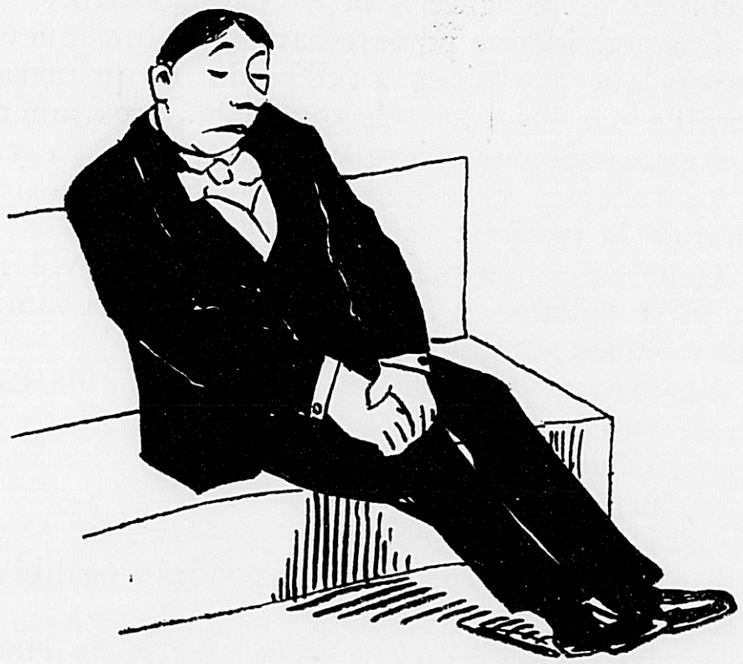
—No te apures, hija mía ; mañana os desquitaréis, porque así que preste declaración lo soltará el juez y en seguida podéis largaros a

disfrutar. Por un día más no perderéis nada.

—Sí, pero esta noche...

—No pienses en eso, y procura ponerte buena pronto, que es lo principal.





...renegando en la prevención pasó la primera noche de bodas.

Y llorando ella como una Magdalena y renegando él en la prevención de su mala suerte, transcurrió la primera noche de bodas.

¡Qué felicidad!

II

EL TREN DE PLACER

Arreglóse la cosa a satisfacción de todos y a eso de las once de la mañana fué puesto en libertad Fermín.

La escena entre los dos esposos resultó de lo más conmovedor del género, y como ya estaban casados, se besaron efusivamente y con el mayor descaro, delante de todo el mundo.

—Ea—dijo el amante de la mamá de Conchita—, lo que no pudo ser ayer, que sea hoy: comed en casa y por la tarde pescad el tren, y duro y a la cabeza.

—Eso, eso; duro y a la cabeza, Conchita.

—Y yo soy duro de pelar—exclamó Fermín, haciendo el picaruelo.

Se comió en familia y por la tarde tomaron el correo del Norte los dos recién casados, siendo despedidos en la estación por contado número de amigos íntimos.

Al arrancar el tren se oyó un débil «¡vivan los novios!»; Conchita se despojó del ramo de azahar y arrojó sus flores sueltas a la vía, ofrendándolas a sus amigas.

La mamá lloraba a moco tendido y desde el andén le dió la bendición; el amante la consoló como pudo, diciéndola:

—No es para tanto, mujer. Los chicos van contentos; déjalos que gocen. ¡Quién fuera ella!—exclamó enigmáticamente.

El tren arrancó raudo y veloz, y los novios iban a lanzar aquella frase de:

—¡Al fin solos!

Cuando advirtieron aterrados que el vagón estaba casi completamente lleno.

¡Cualquiera se permitía la menor extralimitación!

Sentáronse como dos novicios, guardando una actitud correcta en apariencia; únicamente los pies y los ojos accionaban prudentemente.

Todas las miradas de los viajeros se dirigían a los recién casados, porque parece que todos llevan retratada en el semblante su cualidad de novatos en la cofradía de San Marcos. Esto les azoraba más y se prometieron cambiar de coche en la primera estación de larga parada donde se detuviese el convoy.

Y así transcurrió el tiempo, en aburrimiento continuo y ansiando el alto del tren, que por fin llegó, como llega todo en este mundo.

—¡Segovia; diez minutos! — gritó un empleado.

—¿Vamos?—preguntó Fermín.

—Como quieras.

En pocos minutos hicieron el traslado, teniendo la fortuna de encontrar un departamento ocupado únicamente por un señor de edad respetable, muy abismado en la lectura de un libro y que apenas si se preocupó de los recién llegados.

Cuando ya estaban instalados, se le ocurrió al bueno de Fermín hacer una cosa que nadie podía hacer por él.

—Ten cuidado, no vayas a perder el tren.

—No temas; hay tiempo.

—¡Pero si aquí mismo, en el lavabo...!

—Es que además quiero comprar tabaco...

—¡Pues no tardes!

Fermín salió de su compromiso y se encaminó al estanco de la estación.

Ya empezaban a cerrar las portezuelas, síntoma precursor de la próxima partida del convoy y el joven no aparecía. Conchita se desesperaba y no sabía qué hacer; su nerviosidad iba en aumento y echaba de menos las flores de azahar que arrojó en el andén.

¿Qué ocurría? Sencillamente que Fermín había comprado tabaco, había pagado con un billete grande y la estanquera, una pobre vieja, se veía negra para darle el cambio.

A todo esto sonó la campana, después de la frase sacrametnal de: «¡Señores viajeros al tren!», y Conchita quiso echarse a la vía, en vista de que no se presentaba su esposo.

Entonces intervino el señor que leía:

—¿Qué va usted a hacer, señora? ¡Sería una temeridad!

Y la sujetó por la cintura, porque la muchacha estaba frenética y dispuesta a cometer un disparate.

El convoy empezaba a ponerse en marcha pesadamente cuando apareció en el andén Fermín, corriendo como un desesperado hacia el tren.

—¡Corre, que aun llegas a tiempo!—le decía su esposa.

Y hubiera llegado, efectivamente. Pero el reglamento de policía de ferrocarriles es muy severo, y entre un mozo de estación y el encargado de la venta de almohadillas lograron sujetarle y detenerle.

—¡Si es que va ahí mi mujer sola!—exclamó sofocado.

—¿Y si el tren le hubiese aplastado?—le dijo

el jefe, que acudió apenas le dió salida al convoy.

A todo esto el rápido se alejaba a gran velocidad ; Fermín lo veía correr hasta perderse de vista y Conchita se desgañitaba, rabiaba, pateaba, lloraba... y por fin sufrió un ataque nervioso terrible.

Su compañero de viaje, el buen señor que había procurado calmarla, la recibió en sus brazos cuando la dió el ataque y con solicitud paternal la recostó en un diván y empezó a soltarle la ropa, para que respirase mejor.

El corsé la oprimía demasiado y como hombre ducho, al parecer, introdujo suavemente las manos por entre la blusa, unió un poco las dos «perezosas» y salieron de sus ojales los botoncitos de metal que cerraban el cuerpo de cutí emballenado, que así puede llamarse también a ese chisme opresor y antihigiénico conocido por el corsé.

En seguida destapó el caritativo señor un frasco de sales inglesas, que siempre llevaba en su maleta y se las dió a aspirar a la accidentada.

Esta seguía presa de su excitación nerviosa y agitándose sin cesar. El desconocido procuraba sujetarla para que no se hiciese daño y la joven, cabeceando y braceando, fué mostrando inconscientemente sus bellezas más recónditas, entre las que están situadas en la parte superior del busto.

Primero fué su garganta alabastrina y luego uno de sus pechos, que escapándose de la opresión a que le tenían sujeto los encajes incitantes de una camisa de novia, se desbordaba suavemente, suavemente, a medida que ella respiraba con fatiga, y llegó el momento en que un capullo de rosa encantador hizo su aparición en medio de la blancura inmaculada de aquel oleaje de cintas, encajes, puntillas y entredoses.

El hombre quedó pasmado ante tan soberana aparición y contempló con arrobamiento aquel globo de nieve, de formas divinamente puras, que se hacía más visible cada vez ; y cuando apareció en toda su esplendidez, furtivo, tímido, gracioso, coquetón, delicado, brillante como una joya de coral, fresco como un pétalo de rosa cogida al amanecer, conservando todavía el rocío de madrugada, aquel señor, entrado en años, no pudo contenerse y depositó respetuomente un beso en el botón rosáceo que se ofrecía espontáneo a sus caricias y besos.

¿Repercutió aquel beso en el corazón de Conchita ?

No lo sabemos ; lo cierto es que reaccionó a poco y recobró el uso de sus facultades.

Despertó a la vida y al verse tan suelta de ropa y frente a ella, contemplándola con embeleso, a su compañero de viaje, su primer impulso fué agarrarse al timbre de alarma y pedir auxilio, pues se creía víctima de un atentado contra su honor.

Pero, además de que el semblante de aquel hombre rebosaba bondad, recordaba, como en sueños, que la había socorrido paternalmente y veía en su actitud tal respeto y consideración, que su indignación se trocó en agradecimiento, comprendiendo que la solicitud de su compañero de viaje, al aflojarle la ropa, la había librado de una sofocación, de una congestión, tal vez de la muerte, lo cual no es poco.

En seguida empezó a llorar copiosamente y a componerse el traje.

—¿Se despeja usted, señora?—le preguntó el hombre, con interés.

—Un poco; muchas gracias. ¡Ay, Dios mío



...al verse tan suelta de ropa...

de mi vida! ¿Qué será a estas horas de mi Fermín?

—¿Quién es su Fermín?

—¡Mi esposo, caballero! ¡El que se ha quedado en tierra, en Segovia!

—¡Ah, pues no tenga usted pena, porque

allí no le pasará nada malo! Los segovianos acostumbran a no meterse con nadie.

—Sí, pero yo no puedo vivir sin él y en la primera estación me bajaré y me iré, aunque sea andando, en busca suya.

—Señora, cometería usted el mayor disparate del mundo y yo no podría tolerarlo.

—¿Pues qué he de hacer entonces?

—Cálmese usted y hablaremos.

—¡Ay! en usted confío; por ahora no tengo más amparo que el suyo.

—Y ya es suficiente. En primer término, arréglese usted la blusa, no vayan a suponer otra cosa, si llega el revisor o algún nuevo viajero, y hablemos.

Y cariñosamente él mismo la ayudó en su faena, sin que la joven protestase, tanteando de paso aquellos glóbulos tersos y duros que eran un encanto.

Y empezaron a hablar.

III

CON SUAVIDAD

Era ya de noche; una noche cálida y espléndida; la naturaleza dormía arrullada por el cadencioso rielar del convoy, que avanzaba impávido por las llanuras castellanas a una velocidad vertiginosa.

Dominando el ruido del tren se oía la voz angustiosa de Conchita relatando su luna de miel, que se había convertido en una triste odisea, desde que el cura les echó las bendiciones.

El desconocido la escuchaba con verdadero

interés y aquello le daba a la chica mayor confianza, abandonándose por completo a aquel hombre bueno que la casualidad le deparaba en medio de sus mayores aflicciones.

El la tenía cogida una de las manos, en actitud respetuosa, pero apretando y aprovechando cuanto podía.

Al terminar su relato, exclamó el viajero :

—Pues nada, Conchita ; aquí me tiene a su disposición completa. Ya estamos cerca de Medina del Campo ; yo iba a San Sebastián también, a veranear, a divertirme, porque soy hombre libre e independiente y dispongo de suficientes rentas para no pensar en nada. Nos apearemos en Medina, cenaremos, porque en las grandes adversidades es cuando conviene tomar mayores fuerzas, y en el tren que baja de Bilbao regresaremos a Segovia, donde la entregaré a su esposo, que la esperará impaciente y juntos volveremos a emprender el viaje a la capital donostiarra, si es que mi compañía no les molesta.

—Eso es ; y ya le abonará Fermín los gastos que le ocasione.

—¿Quiere usted callar? Si así lo hiciera renunciaba desde ahora mismo a ser su caballero y la dejaba abandonada a su mala suerte.

—Perdóneme usted, no sé lo que me digo... No me abandone usted, se lo suplico de rodillas.

Iba a unir la acción a la palabra, pero no se lo permitió el otro ; la cogió por la cintura y la obligó a sentarse de nuevo, tanteando otra vez aquel cuerpecito grácil, que encantaba.

Conchita parecía dominada por aquel hombre simpático y bueno, y lo que en otra ocasión y con otra persona la hubiera indignado, le parecía entonces hasta agradable.

¡Qué rompecabezas más endiablados son las mujeres, señores!

Aparecieron entre las tinieblas de la noche los potentes focos de la estación de Medina del Campo y el tren penetró estrepitosamente en los andenes.

—¡Medina del Campo! — repetían los empleados—. ¡Cuarenta minutos! ¡Cambio de tren y fonda!

Los viajeros se arrojaron rápidos a la vía.

—Aunque anuncian cuarenta minutos—dijo el desconocido a Conchita, como hombre práctico en viajes por ferrocarril—, estaremos aquí cerca de hora y media, así es que tenemos tiempo sobrado para cenar tranquilamente.

—Pero, ¿y luego?

—Luego, hija mía, regresaremos a Segovia, en busca de su Fermín. El tren en que hemos llegado cruza aquí con el descendente de Bilbao, que es el que tomaremos.

Entraron en el comedor como dos buenos amigos ; él la ofreció galantemente el brazo, que la joven aceptó sin vacilar y tomaron asiento juntos, muy juntitos, como si fuesen verdaderamente dos recién casados.

Comieron a la lista, dejándose del vulgar e insípido cubierto, eligiendo los platos y los vinos a su antojo.

—¿Quiere usted de esto? — le preguntaba de vez en cuando, leyendo un plato en la lista.

—Como usted guste—replicaba ella, mirándole con ojos de agradecimiento.

Y comiendo y bebiendo, perdían la noción de las cosas y se apartaban de la realidad.

Llegó un momento en que las miradas se tornaron pasionales y las manos se juntaron, y así estuvieron en mudo éxtasis un leve rato. Los pies representaban a la vez su papel interesante y obligado.

De aquel arrobamiento vino a sacarles la campana de la estación y las voces de: «¡Señores viajeros, al tren!»

Al propio tiempo penetraba estrepitosamente en andenes el rápido de Bilbao, que se dirigía a Madrid.

Vueltos a la realidad, avergonzada la chica y sin atreverse ya a mirarle cara a cara, le preguntó:

—¿Vamos?

—Aun no es tiempo—contestó él—. El tren que llega tiene que detenerse aquí media hora para que coman también sus pasajeros. Tomaremos café tranquilamente, daremos un paseíto por la estación y nos acomodaremos luego en un vagón que no vaya muy cargado.

—Como usted quiera.

Y lo decía con sentimiento, nublada la vista por furtivas lágrimas, porque se acercaba la separación, tal vez eterna, entre aquellos dos seres a quienes la casualidad había reunido en unas horas tristísimas y de desamparo para la joven.

¿Quién era aquel hombre tan generoso, tan complaciente, tan caballeroso, que con una corrección infinita se había puesto a su servicio, obedeciendo únicamente a los impulsos de su corazón, sin haber tenido para ella la menor grosería ni haber intentado abusar de su situación?

Sentía hacia él profunda veneración, un desconocido afecto que germinaba potente en su pecho, como queriendo luchar con otro afecto igual, con el amor que obligadamente debía sentir hacia su esposo.

Si en tan pocas horas había hecho aquel hombre tanta mella en la fortaleza de su cariño, ¿qué no podía ocurrir si continuaban tratándose?

Y Conchita se alegraba interiormente, pensando que pronto se separarían y que su esposo borraría con su presencia la honda impresión que le había producido su compañero de viaje.

Por otra parte lamentaba tener que perder la amistad de aquel protector espontáneo, en cuyos ojos había querido leer un pensamiento atrevido, en cuyo corazón quizás empezaba a germinar también el mismo afecto que ella experimentaba en el suyo.

La innata coquetería de la mujer ha sido casi siempre causa de su ruina.

Tomaron café y después de colocados los equipajes en un departamento que hallaron vacío, empezaron a pasear por el andén, esperando la hora de la salida.

Era ya muy entrada la noche, y sin darse cuenta se fueron apartando de la gente, alejándose de los reverberos, unidos del brazo, pero silenciosos, graves y preocupados.

De pronto rompió a hablar él.

—Conchita—empezó diciendo—, quizás sea esta la primera y última vez que nos veamos en la vida, y crea usted que lo siento, porque me ha dejado encantado en el corto tiempo que la trato. Comprendo que su situación de mujer casada la impedirá seguir cultivando la amistad de un hombre sospechoso.

—¿Sospechoso?

—Sí, hija mía; y permítame que le dé tan dulce nombre. Sospechoso, porque como ya le dije, yo soy un solterón impenitente, un hombre libre, admirador de la mujer, viajero incesante, que recorre el mundo sin parar, buscando, con el bullicio constante y el eterno aturdimiento, un lenitivo a su dolor... Perdóneme usted si me he sentido por un momento un tanto romántico y ridículo.

—¡Pobre señor!—pensó la joven, conmovida—. ¿Qué grave misterio se encerrará en el corazón de este hombre?

Luego añadió en voz alta y apoyándose indolentemente en su brazo:

—Quizás lleve usted razón, porque sólo la casualidad podrá volvernos a reunir otra vez, pero crea usted que su recuerdo perdurará en mi alma mucho tiempo. Además, yo no le tengo por sospechoso; al contrario, me inspira gran confianza, pero comprendo que mantener su amistad sería dar pábulo a la maledicencia.

—Sí, sí, hermosa niña; demos por cerrado este leve paréntesis que ha logrado disipar un momento la monotonía de mi vida, y sea usted feliz en su nuevo estado, como se lo deseo de todo corazón.

—Gracias, gracias, caballero.

Y conmovida espontáneamente empezó a sollozar convulsivamente.

Por lo visto la emoción y las copitas que le había hecho beber insensiblemente su compañero habían excitado demasiado su naturaleza nerviosa y sufrió un leve desvanecimiento. El la sujetó cariñosamente y rodeándole el brazo por la cintura la condujo al vagón, donde la instaló con comodidad, sentándose él a su lado y haciendo que la joven reclinase la cabeza sobre su hombro.

Quedóse contemplando aquel rostro enloquecedor, aquella boca entreabierta, que dejaba ver una blanquísima dentadura, y sin poder contenerse estampó en ella un ruidoso y prolongado beso que hizo conmover a la joven.



—Sí, sí, hermosa niña...

Entreabrió Conchita los ojos lánguidamente y viendo tan cerca de la suya una boca sedienta de amor, devolvió el beso pasionalmente, con delectación, enagenada y feliz.

Y volvió a caer desmayada en brazos de su compañero y protector.

IV

CORAZÓN DE MUJER

El tren arrancó majestuoso, camino de Madrid.

El ensordecedor estrépito del silbato de la locomotora y el trepidar de los carruajes hicieron reaccionar a Conchita, que abrió los ojos con espanto, como si fuese víctima de una alucinación y se incorporó en el mullido asiento.

Fijóse en su acompañante, reflexionó un poco, recordó indudablemente su acción espontánea de antes, se sintió avergonzada y empezó a llorar.

—¿Qué le pasa a usted, hermosa niña?—le preguntó él paternalmente, cogiéndole las manos—. ¿Se despeja usted? Vamos, llore, si es que el llanto puede amortiguar su pesadumbre; a veces las lágrimas son un consuelo.

Ella no sabía qué contestar; verdaderamente hallaba algún consuelo dándole rienda suelta al llanto.

Tranquilizada un tanto se atrevió a decirle:

—Perdóneme usted lo que hice antes; no estaba en mi cabal juicio; quizás pueda interpretar de otra manera...

—No sé a qué se refiere usted—replicó caballerosamente el hombre.

—Me refería a... Quería decir que...

La pobre joven no se atrevía a expresarse con claridad.

—Yo, por mi parte—agregó su protector—, no recuerdo que haya cometido usted ningún acto censurable, pero si usted cree lo contrario,

como ya acaba de confesar que no estaba en su cabal juicio...

—¿Usted lo cree así?—preguntó ella, enigmáticamente.

—Usted lo afirma, Conchita.

—¿Y si yo le dijera que ahora es cuando creo que no lo estoy?

—Entonces me separaría un poco de usted.

—¿Le causo miedo?

—No, señora; usted no puede inspirarme miedo; si acaso, compasión.

—Entonces, ¿por qué intenta apartarse de mi lado?

—Porque me haría usted experimentar uno de los desengaños de mi vida.

—¿Luego lamenta usted—agregó mirándole con insistencia—que antes estuviese en mi cabal juicio...?

—¡No sé dónde quiere usted ir a parar!

—¿Luego le da pena — insistió ella — que me crea que estoy loca, queriendo achacar a locura lo que hice con pleno conocimiento, lo que hice espontáneamente, en un arranque sincero del corazón, accediendo gustosa a sus deseos...

Estaban muy cerca uno de otro y se devoraban con la vista.

—Pero, veamos — interrogó el viajero fingiendo una candidez que desmentía su exaltación—: ¿qué es lo que ha hecho usted?

—¡Y me lo pregunta! ¿Es que cree verdaderamente que no estaba en mi juicio?

—Usted lo ha dicho antes.

—¿Y usted lo estaba?

—Como lo estoy en este momento.

—¡Pues entonces, dígame lo que hizo usted!

Y le desafiaba con la mirada y con la boca, que se acercaba a la suya como demandando una caricia.

El hombre no pudo contenerse por más tiempo: cogió aquella cabecita de figulina con ambas manos y exclamó, frenético:

—¡Pues yo hice esto!

Y la besó en la boca, en ósculo ardiente y pasional.

Ella pudo añadir:

—¡Y yo esto!

Y confundidos en un abrazo, tal vez el postrero, se besaron como dos enamorados a quienes sonríe la felicidad.

Pero los que nos sonreímos somos nosotros, porque ellos no cuentan con Fermín, que es quien únicamente puede monopolizar a la nerviosilla y encantadora hembra.

Pensando piadosamente no creemos que hubiese llegado a más la cosa; de todos modos, no hubiera podido llegar tampoco, porque al rato hizo alto el tren y penetró en el vagón una familia compuesta de matrimonio, un niño, una nodriza y otro nene pequeñín colgado a su pecho.

La recién casada y el recién enamorado se comprimieron un poco en sus ardores, y después de saludar con un leve movimiento de cabeza a los nuevos viajeros se enfrascaron en animada conversación.

—Ya estamos cerca de Segovia—dijo él, lanzando un leve suspiro.

—Hay que volver a la realidad. Considere-

mos como un feliz sueño lo que ha ocurrido y crea usted que mi mayor alegría sería saber que era usted tan dichoso como se merece.

—Lo mismo la digo, Conchita. Estoy tan acostumbrado a los desengaños e infortunios, a soñar despierto, que bien puedo asegurarle que quisiera pasar toda la vida en un sueño. ¿Qué me importa una desilusión más? Hay que volver a la realidad, usted lo ha dicho. Y la realidad, con todo su prosaismo irritante, es que estará en la estación esperándola como un desesperado su legítimo esposo; que al saltar en tierra se dirigirá a usted como un loco, la besará y abrazará delirante por haberla vuelto a hallar, y pasados aquellos momentos de efusión, hará usted mi presentación, como la del hombre que la ha servido de amparo y sostén; él me dará las gracias y adiós para siempre.

—¡Quién sabe!

—¿Luego me hace usted concebir esperanzas?

—Las que honestamente puede dar una mujer comprometida.

Y así discurriendo, se coló el tren en agujas e hizo alto en la estación de Segovia, hasta donde llevaban billete nuestros amigos.

—¡Segovia, cinco minutos!—repetían soñolientos los empleados.

Eran más de las dos de la madrugada y hasta la estación parecía adormecida y amodorrada.

Saltaron a tierra Conchita y su acompañante, bajaron los equipajes y miraron ansiosos por todas partes: nadie. En la estación no había persona extraña a ella. Se dió la señal

de partida y el convoy continuó su marcha hacia Madrid.

Empezaban a apagar las luces.

—¿Qué hacemos?—preguntó la joven.

—Me tiene usted, como siempre, a su disposición: resuelva usted.

—Yo creo que lo mejor es preguntar.

—Preguntemos.

El jefe de estación manifestó que, en efecto, el pasajero de referencia había continuado desolado en el tren siguiente su viaje a San Sebastián, donde contaba que ya le estaría esperando su esposa.

—¿Y el primer tren a qué hora pasa por aquí?

—A la una de la tarde.

—Pues esperaremos; ¿qué hemos de hacer?

El jefe saludó y se retiró.

Quedáronse pensativos. De pronto exclamó él:

—Ea, no hay más remedio que tomar una resolución inmediata. Tenemos que descansar, tenemos que esperar muchas horas y no es cosa de estar paseándose por la estación hasta la una de la tarde.

—¿Qué proyecta usted?

—Irnos a descansar a una fonda.

—¡A una fonda!

—Es natural.

—¿Pero cómo nos presentamos allí...?

—Sencillamente como un matrimonio que tiene que irse mañana a San Sebastián. ¿Mentimos con eso?

—Menos en lo de matrimonio, no. Pero usted comprenderá...

—Usted es la que parece no haberme com-

prendido todavía, Conchita, porque si yo echo mano de esa mentira no es para ofenderla en lo más mínimo; no olvide que soy un caballero.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Tomaremos una habitación; usted se acostará tranquilamente y yo velaré su sueño. Me considero más fuerte que usted para poder pasar una mala noche, sin que haga mella en mi naturaleza; usted, por el contrario, está muy excitada y le conviene descansar, créame a mí.

—Tengo tanta confianza en usted, que no vacilo; sólo lamento lo que le estoy haciendo sufrir.

—No lo sabe usted muy bien—dijo el caballero, con amargura.

Y cogidos del brazo salieron de la estación y tomaron un coche que esperaba, sin duda, a algún viajero rezagado, y que los condujo a un confortable hotel.

V

NOCHE DE PRUEBA

—¿Quieren comer algo los señores?

—No — replicó el acompañante de Conchita—; venimos rendidos del viaje. Unicamente sírvanos en la habitación unos fiambres y una botella de Burdeos.

—Que los señores descansen—dijo el camarero, despidiéndose, después de haberles acompañado al gabinete que se les había destinado y colocado en una mesa el encargo hecho.

Quedaron solos Conchita y su compañero de fatigas.

—¿Y qué haremos ahora?—preguntó ella, adoptando un aire picaresco que contrastaba con su semblante preocupado.

—Lo primero tomar un tente en pie para echarse; ya ve usted que no digo para echarnos.

—Ya puede usted decirlo si quiere; porque del dicho al hecho...

—No hay mucho trecho aquí, Conchita, porque la cama no puede estar más cerquita. Pero esa es para usted sola; confíe en mi corrección; juro por lo más sagrado.

—Lo sé y por eso me he atrevido a encerrarme a solas con un hombre que no es mi marido; más todavía, con el primer hombre, en mi vida, porque mi marido, como usted sabe, no ha llegado tampoco a conseguirlo aún.

—Es decir, que en apariencias soy más afortunado que su esposo.

—¡Desgraciadamente!

—¡Cómo!

—Sí; desgraciadamente para él y para usted.

—No comprendo...

—Pues es muy sencillo: desgraciadamente para él porque no se encuentra aquí y desgraciadamente para usted, porque encontrándose aquí no puede hacer lo que haría mi marido.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo me entiendo y usted me entiende.

—Lleva usted razón; yo soy un hombre de honor y no he de abusar así... En fin, terminemos el refrigerio y a descansar.

Los dos amigos ocasionales comían con buen apetito y bebían con tanta gana que casi le vieron el fin a la botella.

—Ahora—dijo el hombre—me vuelvo de espaldas y tenga la seguridad de que no cometeré ninguna indiscreción; usted se aligera de ropa, si le conviene, se mete en la camita, apaga la luz y yo me recuesto en este diván y doy rienda suelta a mis reflexiones.

—Es que no podré dormir estando usted tan cerca de mí.

—Me retiraré al otro ángulo de la habitación.

—Es que tampoco dormiría... pensando en usted.

—¡Conchita!—exclamó el hombre pasionalmente.

Pero recibió un jarro de agua fría.

—Pensando en las molestias que le estoy ocasionando—dijo ella con frialdad estudiada.

—No se preocupe de mí—replicó el caballero, con amargura—y procure descansar. Ea, buenas noches.

Y se volvió de espaldas a la joven.

Ella se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Buenas noches—repitió, saltándole las lágrimas.

Se aproximó al lecho y sobre él se arrojó sollozando.

El hombre permanecía impertérrito; había jurado no volver la cabeza ni moverse de su sitio hasta que Conchita apagase la luz, y era esclavo de su palabra.

La joven desahogó su pecho sobre la cubierta de la cama y empezó a desnudarse maquinalmente, sin apartar la vista de su compañero de viaje. Este seguía inmóvil, como una estatua.

Se oía el «fru-frú» producido por las sedas y encajes que adornaban sus prendas interiores

de novia, al desprenderse de su cùerpo ; se adivinaba el roce seductor de las medias sobre la carne, cuando se las quitaba ; se oyó el chasquido armonioso de los zapatitos al salir del pie y caer sobre el pavimento ; la estancia se aromó de lujurioso perfume y...

Conchita repitió las buenas noches, dió vuelta al conmutador y se quedó a obscuras la habitación.

Iba a meterse en la cama, pero de pronto se contuvo.

¿Qué pensamiento acudió a su cerebro? ¿Qué revolución pudo producirse en todo su ser? Aquí de los psicólogos, fisiólogos y todos los «ólogos» conocidos y por conocer.

Avanzó suavemente, a tientas, y cuando estuvo junto a su compañero se arrojó materialmente sobre él y le dió un beso enloquecedor.

Revelóse el macho, de aquel hombre prudente y correcto surgió la bestia humana, en explosión de deseo mal contenido, y cogiendo a Conchita por la cintura le devolvió centuplicadas caricias, conduciéndola luego, jadeante de pasión, al lecho.

Ella se resistía débilmente, atolondrada y sedienta también de placeres.

Y allí saciaron sus apetitos sin acordarse de que había un Fermín que andaba por esos mundos más loco que un saco de gatos pequeños en busca del bien perdido... ¡Y bien perdido que estaba el objeto de amor!

Pasados los primeros ataques a la fortaleza, que parecía de granito... de oro, el hombre alargó el brazo y dió vuelta al conmutador.

La electricidad iluminó un cuerpecito grácil y seductor ; ella quería cubrir sus carnes,

con pudibundez de doncella sorprendida por un sátiro, pero él se lo impedía, acariciándola, besando con delectación aquellos senos erectiles, cuyos botones sonrosados convidaban a la suc-



Los dos amantes llegaron a San Sebastián...

ción, aquellos muslos alabastrinos y torneados maravillosamente, aquel vientre inmaculado que al perder su virginidad acababa de recibir quizás la semilla de la maternidad transmitida por el ciego amor...

Y en plena luz artificial repitieron sus deliquios amorosos, hasta que cayeron rendidos físicamente, y abrazados en estrecho abrazo se quedaron durmiendo, como suele acontecer después de tales excesos.

... ...

Los dos amantes, así podemos llamarles ya, llegaron a San Sebastián y tampoco dieron con el dicho marido.

Después de muchas indagaciones y largas estancias en la habitación de la fonda donde se alojaron, pues estaban rendidos y les gustaba descansar por lo visto, lograron averiguar que Fermín, desesperado por no hallar a su mujercita, había tomado la determinación de regresar a Madrid y esperarla allí tranquilamente.

—Pues vamos a Madrid.

El lector comprenderá que los dos enamorados tuvieron tiempo de sobra para ponerse de acuerdo en todo y concertar el plan que habían de adoptar para seguir amándose.

Y una hermosa mañana se presentaron en la casa paterna Conchita y su acompañante, proporcionando la sorpresa que es de suponer.

VI

A CORRER EL MUNDO

Pasados las naturales transportes de ternura llegaron las explicaciones, y nuestro amable señor resultó un perfecto héroe de novela, un caballero dignísimo y un verdadero fenómeno en el sexo a que afortunadamente pertenecemos los hombres.

—¡ Lo que le habrá hecho sufrir esta pobre loca !—decíale la madre con ojos de carnero degollado.

—¡ No lo crea usted, señora !—exclamaba él, con la mayor modestia.

—Conocemos el paño—agregaba el amigo de la madre, que era un tío con toda la barba y con gran quinqué.

—Mi satisfacción es grande—siguió diciendo aquél—al ver que restituyo la tranquilidad a una familia honrada. Con eso estoy pagado.

—Y con nuestro eterno agradecimiento—dijo Fermín, por decir algo.

—Yo, con permiso de mi marido...—empezó a balbucear Conchita.

Pero no la dejó concluir su madre.

—Pues yo, como dueña absoluta, le ofrezco mi casa y cuanto valemos todos. Disponga como guste.

—Eso—añadió Fermín—. Usted queda considerado como de la familia y si no viene por aquí con la asiduidad que deseamos, iremos en su busca y captura.

—Prometo visitarles a menudo. Por lo pronto me retiro...

Y por más esfuerzos que hicieron no lograron retenerle mucho tiempo más.

Han pasado días y meses. El desconocido ha ido pocas veces a casa de Fermín... porque ha logrado ver a Conchita en otro sitio.

La familia se hace lenguas de su caballerosidad y delicado trato y se ha llegado a una intimidad que para nadie es sospechosa.

Fermín, sobre todo, le ha cobrado un afecto

extraordinario, y un día se atrevió a pedirle un gran favor, que el otro prometió hacer.

Y en efecto, a la media semana se presentó nuestro hombre más alegre que de costumbre.

—Mi querido Fermín—le dijo—. Ya he logrado lo que deseaba usted con tanto empeño.

—¿De veras?

—Mis amigos, los señores García, Gutiérrez y Gómez, en comandita, le han concedido, por mediación mía, lo que usted anhelaba: la plaza de vigilante exclusivo por todas las repúblicas sudamericanas.

Conchita tuvo que volverse de espaldas para ocultar su emoción.

—Gracias, gracias; usted es mi segundo padre.

Debió decir el tercero, porque el amante de su mamá le fulminó una mirada de esas que hacen polvo a cualquiera.

—Preséntese hoy mismo, porque tal vez la semana próxima tenga usted que emprender el primer viaje.

Y desde entonces Fermín está empleado en la razón social antedicha, y ve a su mujer únicamente cada nueve o diez meses.

Pero el buen caballero le substituye en sus funciones matrimoniales a satisfacción de todos, especialmente de Conchita.

Y así va el mundo, lector. Nadie lo toque, ni nadie lo mueva...

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII —Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca

EN PRENSA

De institutriz a cortesana

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona